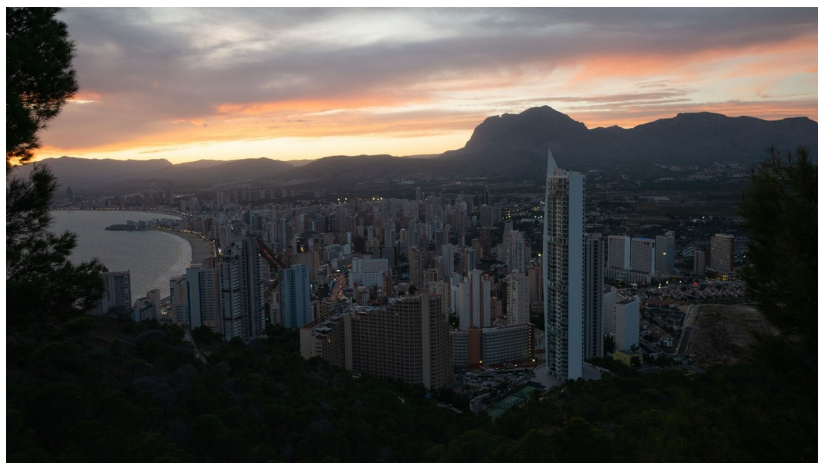


LOS GIGANTES DORMIDOS



mack313



Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

*A Gustavo Adán,
Campesino, artista: hombre de cultura.*

ATIENDE ESTO, HIJITA MÍA, mi pequeña nietecita: los gigantes caminaron por la tierra. Tenían cuerpos de piedra y sus alientos eran fuego. Hollaban el suelo que pisaban y cambiaban el rostro del planeta dondequiera que vivían. Llegaron a este mundo diez mil años antes que nosotros y vivieron a sus anchas por un tiempo. Cuando el Gran Dios mandó a nuestros primeros ancestros al mundo, buscó el pequeño bosque que les dio por su morada con paredes infranqueables desde fuera. Así pues, protegidos de los pies de los gigantes, los hombres aprendieron todos los oficios y las artes. Y los hombres prosperaron y se hicieron numerosos, hasta el día en que el bosquecito no tuvo más espacio para todos. Entonces salieron de los muros para hacer casas y aldeas: primero muy cerquita de su bosque, pero más tarde exploraron y exploraron.

Los gigantes no entendieron el valor de los humanos. Hechos de frágil y blanda carne, con débiles voces que no eran capaces de llegar hasta esos lejanos oídos de piedra, y unas costumbres de vida que no despertaban en ellos la menor curiosidad, los hijos de los hombres fueron como pasto a los pies de los gigantes. Encontraron diversión derramando nuestra sangre: aplastando a nuestros padres, haciéndolos volar por los aires con sus dedos, quemándolos en vida con sus horriblos alientos... Los hombres vivieron escondidos casi ochocientos años, al cabo de los cuales los gigantes ya solo se ocupaban de cazar a los humanos.

Dentro y fuera de los muros infranqueables, los lamentos de los hombres se elevaban hasta el cielo. Las mujeres se arañaban las mejillas y los hombres se tiznaban con ceniza, llorando y suplicando al Gran Dios que los salvara de la crueldad de los gigantes. Seis meses enteros estuvieron los hijos y las hijas de los hombres llorando y

suplicando sin parar, y entonces el Gran Dios les tuvo compasión y acudió a rescatarlos.

«Los gigantes de piedra han transgredido todos los límites», dijo el Gran Dios. «Han juzgado mal la debilidad de los humanos y verán la recompensa de sus actos. He sido paciente con ellos debido a la misión que tenían encomendada, pero han pagado mi paciencia con traición y tiranía».

Y en una sola noche, el Gran Dios sujetó a todos los gigantes en su sitio, condenándolos a la inmovilidad. Además los sumergió en un profundo sueño, que todavía perdura en nuestros días. Los hijos de los hombres miraron el prodigio al clarear el horizonte y mudaron las amargas lágrimas del desconsuelo por las dulces, dulces lágrimas de la alegría. Conmovido por las lágrimas de sus pequeños, el Gran Dios derramó sus bendiciones por el mundo, haciendo descender de los inmóviles gigantes numerosos ríos que llenaron la tierra de frescor y de verdes alimentos. Tú lo has visto, hijita mía: algunos de esos ríos le siguen dando vida a nuestros campos.

Y decretó el Gran Dios que de las bocas de algunos gigantes brotaran imponentes ríos de fuego que advirtieran a los hombres, recordando su pasado. De algunos incluso Se ha valido Él para dar retribución a los pueblos transgresores que actuaron con los débiles como hace tantos años actuaron los gigantes con nosotros.

Atiende ahora esto, Citlallitzin, de todas mis bebés la favorita: a cambio de sus inmensos favores, el Gran Dios exigió para Sí mismo la vida de Āyke, el más piadoso de todos los jóvenes del mundo.

Āyke tomó como esposa a la hermosa Kiburi y ambos se fueron a vivir junto al cuerpo durmiente del más viejo de los gigantes de piedra. Ahí, en el retiro, el Gran Dios enseñó a Āyke y a Kiburi todos sus rituales y sus obligaciones.

«Voy a hacer de tu linaje los guardianes de Mis templos en todas las montañas de la tierra».

Āyke y Kiburi tuvieron muchos hijos que, al llegar a cierta edad, salieron a los pueblos cercanos a buscar esposas para ellos y esposos para sus hermanas. Los patriarcas recibieron a todos con bondad, gustosos de ver cómo crecía la familia. También de estos hijos adoptivos hicieron ejemplos perfectos de piedad, valentía y conocimiento.

Cuando Āyke y Kiburi murieron sus cabellos eran blancos como la nieve que cubre las montañas en invierno. Sí, mi amor, también: blancos como el pelo de tu abuela. Por orden del Gran Dios, después de cumplir con los ritos funerarios, toda la familia se abrazó por una última vez y emprendieron sus caminos. Los hijos de Āyke y Kiburi y también sus nietos, que ya eran adultos para entonces, salieron a cumplir con el destino que el Gran Dios le había prometido a los patriarcas: cada uno de ellos, junto a sus esposos y sus hijos pequeños, se instalaron a los pies de una montaña y erigieron templos al Gran Dios, para adorarle y procurar que los gigantes de piedra continuaran en su sueño para siempre. Al cabo de algunas generaciones, los descendientes de aquellos primeros emigrantes abarcaron todas las montañas de la tierra. Es por eso, Citlallitzin, que nosotras vivimos aquí. Los guardianes prometimos siempre recordar nuestro pasado.

Cierra tus ojitos, mi princesa. Escucha así la voz de tu abuelita, mientras dejas que tu sueño te cobije...

Tus abuelos, Āyke y Kiburi, advirtieron a sus hijos y a los hijos de sus hijos que no debían romper esta promesa. Si lo hiciéramos, caería sobre nosotros el día del olvido: un día en que los hombres se hincharían de soberbia, creyéndose gigantes... Olvidando aquellos tiempos en que habían sido hormigas, matarían sin piedad y por pura diversión a los pueblos más pequeños. Llegado aquel entonces, el hombre estirará su mano y su mano cortará los cuerpos dormidos de los gigantes de piedra; asentará su pie en el suelo y su pie hollará la tierra incluso más profundo que los pies de los gigantes. Beberá el hombre agua y su boca secará los manantiales y los ríos; comerá, y su boca tornará los vergeles en desiertos... Los guardianes que sean firmes en el día del olvido serán escarnecidos por los hombres. Perseguidos y asesinados, dejarán sus templos vacíos sin que nadie los reclame. Entonces, hija mía, faltando los rituales que los duermen hasta ahora, los gigantes abrirán esos ojos colosales. Enormes y continuas erupciones serán en todo el mundo el anuncio de ese tiempo, y luego el terremoto indicará que se han alzado; sus cadenas habrán sido cortadas.

¿Ya duermes, mi pequeña..? Está mejor así. Descansa, mi chiquita, recupera tu energía... Que el tiempo de tu abuela ya está a punto de acabarse... Y muy pronto tú serás la guardiana de este templo.

DOGMA 2021
MARZO